

sus implacables odios literarios. Un día, al mostrarle Luis XIV unos versos que acababa de componer, tuvo la franqueza suficiente para decirle, aunque en son de lisonja: «Señor, nada es imposible á Vuestra Majestad; ha querido hacer malos versos, y lo ha logrado á maravilla.»

18. Odiaba los vicios literarios, pero no las personas de ellos inficionadas. Por el contrario, favorecíalas y desarmaba las iras de casi todas. Con idéntica generosidad de alma, gozábale en proteger á los buenos escritores.

Tristes fueron sus últimos días. Enfermo y sordo, retiróse del comercio humano lamentando la desaparición de sus ilustres amigos y la decadencia general de las letras.

19. Si se exceptúa el *Facistol* (Lutrin), poema cómico-heroico, que tiene chiste, buenos cuadros y excelente lenguaje, pero que no es una obra maestra, como pretenden los franceses, queda reducido el caudal literario de Boileau á algunos cortos pasajes poéticos de sus sátiras y epístolas y á muchas sentencias felices y gráficas de las mismas.

20. Ejerció grande, aunque más bien funesta que benéfica influencia en las letras gálicas. No le faltaba ni corrección ni delicadeza de gusto, pero su criterio era muy estrecho y su espíritu poco elevado. Para él no existía otra fuente de inspiración literaria que la mitología clásica. Cerrados estaban, por inconcebible debilidad óptica, sus ojos, no sólo á la magnificencia poética del catolicismo sino también á la luminosa belleza de la idea cristiana, que todo artista siente por instinto y que ningún crítico eminente ha podido desconocer.

Mér. princ.: *buen gusto y expresiones felices.*

Def. princ.: *estrechez de criterio y de espíritu.*

21. Excelente versificador lírico es Juan Bautista Rousseau¹, 1670—1741 (y mal fabricante de malas odas, Antonio Houdar de Lamotte², 1672—1731).

2. Prosa.

PASCAL.

1. Aun más que la poesía, desarrollóse y floreció la prosa durante el reinado de Luis XIV.

En ella ocupa honroso puesto como escritor el ilustre matemático *Blas Pascal* (1623—1662). Desde sus primeros años manifestó singular precocidad de inteligencia, reconstruyendo la geometría á la luz de algunas definiciones generales que el acaso le había enseñado. Hizo más tarde portentosos descubrimientos en física. Era matemático y sabio de extremo á extremo, sin carecer de fuerte imaginación.

2. Pero, como su salud fuese debilísima; su espíritu, concentrado; su fantasía, enfermiza; excesivo, su apasionamiento; su instrucción teológica y filosófica, nulas; aconteció que los fanáticos y soberbios Solitarios de Port-Royal, furibundos jansenistas y, como tales, enemigos irreconciliables de los jesuitas, sus más poderosos adversarios, encendieron al fosfórico Pascal en odio á la Compañía de Jesús.

Un trastorno próximo á la locura había sufrido por aquel tiempo el cerebro del joven sabio. En cierta ocasión, paseando en coche, desbocáronse en un puente los fogosos caballos que lo llevaban, y dejaron á Pascal colgado entre la vida y la muerte. Desde entonces, nunca cesó de ver á par de sí un abismo, y aterrizado por el pensamiento de la eternidad, se entregó ciegamente á la dirección espiritual de los Solitarios y se convirtió en docilísimo instrumento de sus desenfadadas pasiones. Así nacieron las *Cartas provinciales*, contra los jesuitas; libelos tan faltos de lógica y de

¹ Pr.: rusó. ² udar de lamot.

buena fe como chispeantes, incisivos y magistralmente escritos.

3. En sus *Pensamientos*, confusa y revuelta serie de apuntes para una apología del cristianismo en contra de los incrédulos, deja el ligero tono de las Provinciales y toma un aire elocuente, elevado, algún tanto declamatorio.

La argumentación de los *Pensamientos*, basada en los *Ensayos* de Montaigne, es profundamente errónea: anonada Pascal la razón humana para probar la verdad del cristianismo; no advirtiendo que, destruída la certidumbre, queda destruída también la fe, puesto que no hay fe sin certidumbre.

Mér. princ.: *bello estilo é ingenio*, en las Provinciales; *elocuencia*, en los *Pensamientos*.

Def. princ.: *falta de lógica, mala fe*.

4. Concisas, agudas y elegantes de estilo son las *Máximas* del duque de LAROCHEFOUCAULD¹ (1613 á 1680); pero en las acciones humanas otro móvil no reconocen que el egoísmo. Sobre este eje único, falsísimo, giran monótonamente todas las interminables sentencias del libro, las cuales si algo prueban, no es sino la corrupción del autor² y la de su tiempo.

Mér. princ.: *agudeza y elegante estilo*.

Def. princ.: *pesimismo y monotonía*.

5. Mucha celebridad adquirió otro moralista, muy superior á Larochevoucauld en sentimiento y dotes literarias: JUAN DE LABRUYÈRE³ (1645—1696), autor de los *Caracteres de Teofrasto*, que tradujo del griego añadiendo los caracteres ó las costumbres de su siglo.

¹ Pr.: *rochfucó*.

² Con mucha justicia escribe madama de Lafayette, amiga ilustre del duque, á otra amiga del mismo, madama de Sablé: «¡Ah, señora, cuán corrompidos es necesario tener el espíritu y el corazón para escribir todo esto!»

³ *labriyer*.

Observa con mucha penetración y dibuja con finura y perfecto, pero demasiado visible arte.

Mér. princ.: *agudeza y finura de pensamiento; arte*.

Def. princ.: *afectación artística*.

6. Con desnuda y terrible verdad y con toda la vehemencia propia de su carácter rígido y aristocrático, pinta á Luis XIV y su siglo el duque de SAINT-SIMON¹ (1675—1755) en sus *Memorias*; el cuadro más cabal de la época, lleno de bien delineados y salientes caracteres. Á juicio de Châteaubriand, «es un gran señor que escribe á la diablo para la inmortalidad».

7. Muy valiosa colección de documentos históricos puede llamarse la *Historia eclesiástica* del sabio sacerdote Claudio Fleury² (1640 á 1723).

8. Apreciadas por sus contemporáneos fueron las prolijas y fatigadoras novelas romántico-históricas de Magdalena de Scudéry³ (1607 á 1701).

9. Sembradas de destellos literarios y de ingenio están las *Cartas familiares* de madama de Sévigné⁴ (1626—1696) á su hija, el ídolo de su vida. Á más de la perfecta gracia femenil, de la espontaneidad y vigor con que están escritas, son de suma importancia por los numerosos datos históricos en ellas contenidos.

Elocuencia sagrada.

10. La mayor gloria literaria del siglo de Luis XIV y de toda la literatura francesa, son sus eminentes oradores sagrados. En la elocuencia del púlpito supera con mucho la Francia todas las literaturas, tanto antiguas como modernas.

✓ 11. Hase llamado, no sin alguna razón, el *Isócrates francés* al obispo de Nîmes, ESPÍRITU FLÉCHIER⁵ (1632—1670), orador excesivamente atildado y florido; pero que, no obstante, se eleva hasta la verdadera elocuencia en sus oraciones fúnebres, con especialidad, en la de Turena.

¹ Pr.: *sen-simón*.

² *flerí*.

³ *squiderí*.

⁵ *flechié*.

BOURDALOUE ¹.

✓ 12. Marcha enteramente opuesta á la de Fléchier siguió en la oratoria sagrada el jesuíta Luis Bourdaloue (1632—1704). Después de haber enseñado y predicado por espacio de muchos años, enviáronle sus superiores á París; en donde obtuvo extraordinaria fama de orador.

Revocado el edicto de Nantes, obligósele á acometer la ardua empresa de calmar en el Langüedoc los ánimos irritados por esta revocación. Bourdaloue calmólos, sobrepujando todas las esperanzas. Pasó sus postreros años en las funciones más humildes de su ministerio. Hasta los enemigos de su orden supieron respetarle. Se ha dicho que su vida era la mejor refutación de las Provinciales de Pascal.

13. Bourdaloue no agrada, sino que convence; no persuade, sino que argumenta. Desconoce todas las bellezas del estilo, todos los resortes y encantos de la pasión, todos los colores de la fantasía. Pero convence como ninguno; sus discursos agotan la materia; es el orador de la razón; procede, según dice Quintiliano de un grande escritor, como un hábil general, que ordena su ejército en batalla, y que, por la sabia colocación de sus tropas, alcanza indefectiblemente el triunfo. Á la lógica y táctica oratoria de Bourdaloue no hay entendimiento que no se rinda.

Mér. princ.: *convencimiento*.

Def. princ.: *falta de pasión*. ✓

MASSILLON ².

✓ 14. Si Bourdaloue tiene escaso conocimiento del corazón humano y jamás es patético; ésto en muy alto grado, y conoce y sondea todos los pliegues, aun los más pequeños y recónditos de la naturaleza humana, otra de las lumbreras del púlpito francés: Juan Bautista Massillon (1663—1742), oratoriano, obispo de Clermont.

¹ Pr.: burdalú. ² masillón.

Comenzó muy temprano su carrera oratoria y la abandonó en la fuerza de la vida y del talento, para consagrarse totalmente al gobierno de su diócesis, que administró con mucho celo y prudencia en tiempos difícilísimos. Su humildad le hacía temer la gloria humana y sólo el mandato de sus superiores le decidió á abrazar su vocación, que era la oratoria.

15. En efecto, había nacido orador. Escribía con extremada rapidez y perfecta elegancia, y poseía en toda su amplitud el rarísimo don de conmover. Nada más sentimental y agradablemente patético que sus discursos. No descuida el razonamiento, que, sin embargo, es á veces débil; tiene acentos varoniles y enérgicos; sabe aterrar, cuando quiere; pero nunca aparta sus ojos del corazón; va recto á él, y de tan delicada manera y con tanta habilidad golpea á sus puertas, que todas se le abren de par en par, y con alegría y amor.

Dot. princ.: *conocimiento del corazón y persuasión*.

BOSSUET ¹.

16. Aunque el púlpito francés no tuviera otras glorias que los tres insignes oradores mencionados, sería, con todo, el primer púlpito de las naciones modernas y rivalizaría en elocuencia con los santos Padres. Mas ilústralo un nombre aún más augusto, el de Santiago Benigno Bossuet (1627—1704; — fig. 27).

Este hombre célebre y universalmente admirado fué discípulo de los jesuítas, hasta la edad de quince años; haciéndose notar por su prodigiosa memoria, la universalidad de su talento y su ardiente amor al estudio.

✓ En ese primer período de su vida, comenzó á leer con entusiasmo la Biblia; que desde entonces fué su lectura favorita y el único libro bastante grande para el atrevido vuelo de su espíritu. Á la par que nutría y educaba con la lectura de los libros sagrados su alma

¹ bosié.

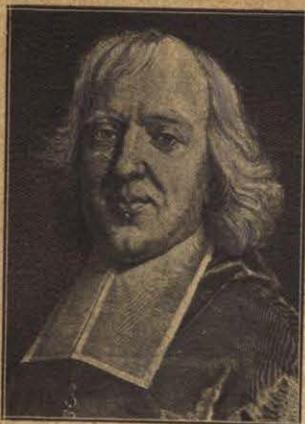


Fig. 27. Bossuet.

y corazón, aprendía, en el colegio de Navarra en París, el griego y el latín y se familiarizaba con los monumentos literarios de la antigüedad.

17. Á los diez y seis años sostuvo su primera tesis, y con tal brillo que toda la nobleza parisiense quiso conocer al niño maravilloso. Llevóse al palacio de Rambouillet, punto de cita de las más elevadas inteligencias

y de los aristócratas de París. Allí se le instó para que improvisara un sermón. Hízolo con tanto ingenio y elocuencia que, como fuesen las once de la noche, dijo un literato de la velada: «Jamás había oído yo predicar, ni tan temprano, ni tan tarde.»

Algunos años después sostuvo su tesis teológica delante del vencedor de Rocroy; con quien desde entonces le ligó la más estrecha amistad. Del todo calumniosas son las suposiciones con que se ha intentado¹ denigrar su reputación, que siempre fué inmaculada.

18. Ordenado sacerdote, se entregó con ardor á las tareas del ministerio bajo la venerada y amigable conducta de San Vicente de Paúl, quien le puso á la cabeza de una misión de sacerdotes que envió á Metz. En aquella ciudad permaneció muchos años, que fueron fecundos en trabajos evangélicos. Allí estudió á fondo los santos Padres y las ciencias sagradas y adquirió fama en el púlpito y la controversia.

¹ Sus calumniadores, gentes, por lo demás, de baja estofa, se fundan acaso en una mala bufonada del P. Lachaise, quien, aludiendo á la noble amistad de Bossuet con la señorita de Mauléon, dijo un día: «Bossuet no es molinista sino mauleonista.»

19. Llamado á París, pronunció un sermón delante de Luis XIV con aplauso del rey y de toda la corte. Á menudo predicaba en la capilla real del Louvre y en las parroquias y conventos de monjas de París. Es la época de sus *Sermones* y *Panegíricos*, tan justamente célebres unos y otros. Aquéllos y éstos revelan profunda meditación y están llenos de la viveza y del calor, propios de quien ha pensado bien lo que va á decir, pero no la manera de decirlo, y que se deja arrastrar de la fuerte inspiración del momento. Así componía y así recitaba sus discursos Bossuet.

Hay en ellos mucha doctrina; el orador se ha identificado, por decirlo así, con la Sagrada Escritura y los santos Padres; sus citas parecen pensamientos propios: tan perfectamente engastadas están en el discurso y con tanta espontaneidad acuden á la mente del orador.

Además de la extraordinaria abundancia de ideas y de la irresistible fuerza del razonamiento, anima sus sermones y panegíricos algo personal, que agrada sobremanera y que sólo alcanza quien cede á la inspiración y habla al primer calor que ella produce. Los discursos de Bossuet satisfacen á la razón y conmueven al propio tiempo con fuerza el alma. No tiene para el orador secretos el corazón humano; sabe mover todas las pasiones, despertar todos los sentimientos. Pero su carácter le impulsa más hacia lo elevado y grande que hacia lo delicado y tierno.

Puédese decir que no solamente trató con superiores facultades oratorias el panegírico, sino que lo creó.

Todos los discursos pertenecientes á la segunda época de su carrera oratoria, ó á la madurez de su talento, la cual principia con su venida á París, deben considerarse como más ó menos acabados.

No así los de la primera época; entre los cuales no hay, sin embargo, uno solo débil, uno sólo que no sea rico de pensamientos y de unción.

✓ 20. Pero todos sus numerosísimos sermones, poderosos para inmortalizar á un hombre, palidecen ante la majestad aterradora y la sublime elocuencia de sus *Oraciones fúnebres*, su mejor título de gloria literaria. En ellas no tuvo maestros, ni ha tenido ni probablemente tendrá émulos. ✓

✓ Tras de algunos ensayos del género, fué designado para hacer la oración fúnebre de la reina Enriqueta de Inglaterra; oración que abre la serie de los seis monumentales discursos, que termina con la de Condé, la obra maestra de estas seis obras maestras; que son la más alta gloria de la elocuencia cristiana; que igualan, si no superan, los más célebres discursos de los más grandes oradores y que representan los mayores esfuerzos de la elocuencia humana.

✓ Todo Bossuet está allí: el historiador, el teólogo, el filósofo, el orador, el poeta; igualmente grande, míresele bajo la fase que se le mire. ✓ El género, de suyo tan espinoso, le obliga á elogiar con exceso; mas una sola de las palabras fulminantes que sabe hallar su genio, le basta para anonadar las alabanzas que ha prodigado. Todo es admirable en esos vivos y grandiosos cuadros; pero nada lo es más que esa especie de placer que experimenta cuando ve derribadas y reducidas á polvo, á sus pies, todas las glorias humanas, y alza los ojos arrasados en lágrimas al cielo, desde donde los irradia la grandeza de Dios y los esplendores de la inmortalidad. Son contrastes que sobrecogen al alma y producen golpes estéticos indescriptibles.

✓ 21. Admírase también en sus oraciones, como en todos sus discursos, la sencillez de sus planes, la claridad con que procede y su rápida marcha. ✓ Hizo su propio retrato oratorio cuando dijo de cierto ingenio: «Su discurso se derrama como un torrente; y si en su camino encuentra flores de dicción, las arrastra más

bien consigo, por su propia impetuosidad, que no las coge cuidadosamente para adornarse con ellas.»

✓ 22. En medio de sus triunfos de orador fué preconizado obispo de Condom y poco tiempo después, encargado de la educación del Delfín. Bossuet consagróse por entero á una tarea de tanta responsabilidad y escribió para la instrucción de su real discípulo varias de sus más importantes obras; entre ellas el magnificéntísimo *Discurso sobre la historia universal*. ✓ En él prueba la unidad histórica por la Providencia divina, que rige todos los acontecimientos humanos y los hace servir á los intereses de su gloria, representados, en lo antiguo, por el pueblo judaico y su religión, y después de Jesucristo, por la Iglesia católica.

En sublimes frases explica, con los fastos del mundo en la mano, tan alta idea, en la cual consiste la verdadera filosofía de la historia; y en espléndidos cuadros resume las vicisitudes de los colosales imperios de la antigüedad.

Muéstrase eximio historiador en el discurso, no sólo por desenvolver magistralmente en él la causa última de los sucesos humanos¹ sino también por la soberbia rapidez de la narración.

✓ 23. No correspondió el Delfín, ni á los esfuerzos ni á las esperanzas de su ilustre maestro. Pero no fué ésta la única decepción de Bossuet, ni la única amargura de su larga vida, consagrada toda á la defensa de los intereses católicos. Lo cual le obligó á combatir el quietismo² y á Fenelón, que inconscientemente se había contagiado con él³. ✓ La misma defensa acaso le obligó, por temor de un cisma, á sostener las libertades de la iglesia galicana, que envolvían el desconocimiento

¹ Señalada ya por San Agustín.

² Sistema erróneo acerca de la pureza del amor divino y un estado pasivo de perfección.

³ Con esto no disculpamos la censurable acritud con que le combatió.

de la supremacía pontificia. Su ardiente é infatigable celo se vió sometido durante muchos años á durísimas pruebas. Era Bossuet la más conspicua figura del episcopado francés, el personaje más encumbrado de la corte y ejercía grande influencia en el ánimo del poderoso y absoluto rey. De aquí la lucha incesante de Bossuet por evitar ó minorar siquiera los escándalos domésticos de Luis XIV. Á todo se extendían su celo y prodigiosa actividad: él convirtió al célebre Turena y otros eminentes personajes.

Hasta el postrer aliento de la vida continuó trabajando por la causa católica, en su obispado de Meaux¹, con la pluma, la palabra, y el ejemplo de su esclarecida virtud este admirable hombre, orgullo de la Iglesia y de las letras divinas y humanas.

24. Ningún escritor francés le aventaja en vigor; ninguno le iguala en originalidad; ninguno puede competir con él en elevación. Es el mayor genio de la literatura francesa, y por tanto su más preciada gloria. El *Aguila de Meaux* le llamaron sus contemporáneos admirados; el *Aguila de Meaux* le sigue llamando la crítica, por la incomparable sencillez, calma y sublimidad con que á la continua vuela por las más altas regiones del cielo. «Encuentra en su altura la serenidad².»

No sin razón también le llama la Francia entera el *último Padre de la Iglesia*, porque toda su colosal «ciencia se encamina á Dios, por lejano que sea el punto adonde la haya lanzado la tempestad de las opiniones humanas» (Palabras de él mismo).

Dot. princ.: *sublimidad, majestad y sencillez.*

FENELÓN.

25. Insigne escritor y orador elocuente, pero no sublime y enérgico cual Bossuet, sino, por el contra-

¹ Pr.: mo.

² Palabras de Bossuet, dichas en elogio de un personaje.

rio, gracioso y elegante, es FRANCISCO DE LA MOTHE FENELÓN (1651—1715;—fig. 28).

Hizo sus primeros estudios en el castillo solariego de su familia, hasta la edad de doce años. Su maestro supo infundirle, junto con los elementos de la ciencia, el amor de las letras griegas y latinas.

Á los quince años pronunció su primer discurso, excitando admiración su precocidad oratoria. En el seminario de San Sulpicio infundiéronle una dirección espiritual, no bien entendida, las primeras ideas falsas del amor divino puro, que más tarde le llevaron, por la pendiente de su carácter suave y piadoso, á los errores del quietismo. Después de ingresar en el sacerdocio, se dedicó con ardor á las funciones del ministerio y á la enseñanza de la juventud.

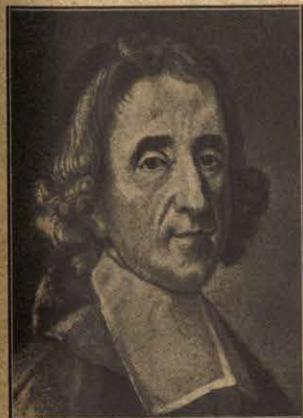


Fig. 28. Fenelón.

26. Conocedor Luis XIV de sus méritos, confióle la educación del duque de Borgoña, heredero de la corona. Con ~~toda~~ la solicitud propia de tan elevado cargo, acometió Fenelón la empresa. Indomable, altivo, casi feroz era el carácter del príncipe. Mas con extremada habilidad lo corrigió el prudente maestro, y adornó á su alumno con tales virtudes é intelectual cultura, que su temprana muerte fué considerada como una irreparable desgracia nacional. Llenó esta muerte de profunda amargura á Fenelón. Para la enseñanza de su real alumno había escrito, con graciosa elegancia, sus *Fábulas*, *Diálogos de los muertos*, *Diálogos sobre la elocuencia* y la novela política, el *Telémaco*.